

Emilia Enríquez de Rivera: una vida dedicada al periodismo femenino

SILVIA GONZÁLEZ MARÍN

El revolucionado siglo XX le tendría reservadas a la mujer grandes sorpresas. Amanecía con la novedad de su irrupción en casi todos los órdenes de la vida social, cultural y productiva de la sociedad. La centuria anterior le había permitido, aunque tímidamente, tener acceso a la educación; en cambio, se le había impedido participar en cuestiones políticas, porque tal actividad desvirtuaba su función histórica: asegurar la sobrevivencia de la familia y proveer al hombre de las condiciones necesarias que garantizaran su existencia.

Para que pudiera desempeñar estas dos tareas esenciales con la eficiencia y responsabilidad exigidas, era necesario elevar su nivel cultural. La educación informal cobró entonces una singular importancia puesto que la mujer no tenía que alejarse, aunque fuera por corto tiempo, del núcleo familiar para asistir a una escuela, sino que, al pendiente de sus tareas domésticas, podía recibir en el hogar las publicaciones periódicas femeninas. Así, éstas se convirtieron en su vía de entrada a la cultura, contribuyeron a despertar su curiosidad por el conocimiento y establecieron un diálogo íntimo de solidaridad entre las lectoras.

En México no fue sino hasta las dos últimas décadas del siglo XIX cuando esas publicaciones se atrevieron a rebasar la idea providencial de la educación para reivindicar la tesis de la cultura como forma de redención femenina y, bajo el influjo de los movimientos que cobraban vida en Inglaterra y los Estados Unidos, pidieron el sufragio para la mujer y la igualdad de oportunidades para ambos sexos.

La necesidad de organizarse para conseguir estas dos prerrogativas fundamentales llevó a un grupo de mujeres, en los primeros años del naciente siglo XX, a trazar los princi-

pios del incipiente feminismo que reivindicaba la emancipación de la mujer para luchar al lado del hombre y no en su contra, como se pensaba.

El movimiento revolucionario les había abierto las puertas de acceso a la nueva centuria. La construcción de la nueva sociedad requería el concurso creador de sus mujeres; la naciente industria necesitaba que se incorporaran en todas las actividades productivas. Estas circunstancias resultaron propicias para que las mujeres unieran esfuerzos en su lucha por lograr mejores condiciones económicas, sociales y culturales. Pero la reivindicación que logró aglutinar a un número cada vez mayor de mujeres e hizo que a lo largo y ancho de la República proliferara un impresionante número de organizaciones, clubes y asociaciones feministas fue la demanda de derechos ciudadanos para la mujer mexicana. Esta lucha tuvo la virtud de rebasar los límites de las ideologías, posiciones políticas, niveles sociales y creencias religiosas, con el fin de unificar posiciones en torno a un reclamo común, precisamente el que le bloqueaba el acceso al terreno donde se toman las decisiones públicas: la política.

En el esfuerzo por alcanzar ese derecho, las publicaciones femeninas representaron una tribuna importante. La caída del antiguo régimen había arrastrado a las envejecidas instituciones porfiristas; la prensa fue la última de ellas que sobrevivió, pero al fin sucumbió, y dio paso a otro tipo de periodismo, más moderno en cuanto a su confección, estilo e información. Este nuevo periodismo abrió sus páginas a las mujeres con la publicación de suplementos semanales femeninos pensados para ellas y confeccionados por ellas, que se distribuían masivamente, pues aparecían

en los dos principales diarios de la Ciudad de México: *El Excelsior* y *El Universal*. Poco antes había aparecido la revista femenina *El Hogar*, fundada y dirigida por el personaje considerado en este artículo: Emilia Enríquez de Rivera, cuya vida es prácticamente desconocida. Los datos aquí reunidos se los debemos agradecer a su temperamento melancólico que la inducía a recordar por escrito, con una buena dosis de tristeza, escenas de su vida familiar y profesional.

El periodismo como vocación

Pionera de un nuevo tipo de periodismo femenino, Emilia Enríquez de Rivera funda y dirige por espacio de 29 años (1913-1942) —caso insólito en este campo— la revista *El Hogar*.

Su pensamiento mostraría las contradicciones de una mujer que vive entre siglos. Se la formó de acuerdo con los principios de una moral cristiana y los valores de una educación familiar conservadora que, contra lo que se podría pensar, no fue un obstáculo sino un aliciente para el desarrollo de su vocación de periodista. La acelerada realidad que le tocó vivir, sobre todo en los inicios de su profesión, le exigiría abrirse camino por sí misma en un campo hasta entonces reservado casi en exclusiva al hombre. Al periodismo femenino le dedicó todo su esfuerzo vital; la revista fue el hogar y la familia que no pudo o quiso construir; lo cierto fue que la tarea requería de todas sus energías para sacar adelante tan ambicioso proyecto. El ambiente era hostil, pero sus armas para enfrentarlo fueron un carácter férreo, una firme voluntad y un juramento hecho a su padre en el lecho de muerte, de continuar la obra iniciada por él: una revista dirigida a las familias mexicanas.

Emilia nace en la ciudad de Toluca, en el veraniego 7 de julio de 1881, en el seno de una familia católica y liberal. Su padre, Santiago Enríquez de Rivera, había combatido a los franceses y a él le debía Emilia su respeto y admiración por los hombres que construyeron la nación mexicana, cuyas enseñanzas la acompañarían a lo largo de su vida profesional y la ayudarían para darle a su publicación el perfil nacionalista que la caracterizó.

La figura de su madre Hortensia se pierde en los recuerdos de su temprana adolescencia pues, ante el dolor causado por la muerte de aquélla, prefirió dejarlos sepultados en la memoria y sólo de vez en cuando los dejaba salir, en vagas escenas familiares. Las reuniones navideñas alrede-

dor de la chimenea y los juegos infantiles con sus seis hermanos, entre los cuales Emilia ocupaba el lugar intermedio, fueron acontecimientos que afirmaron su temperamento melancólico y acentuaron su carácter triste y solitario. Las únicas ocasiones en que se alejaba de sus responsabilidades diarias era cuando precisaba ordenar sus ideas o necesitaba llenarse de ese algo secreto e inexplicable que ella llamaba inspiración. Entonces se refugiaba en el huerto de su casa y entre las flores y los árboles encontraba el sitio adecuado donde explayar sus sentimientos y reencontrarse consigo misma.

En la medianía de su juventud, escribe sus primeros artículos periodísticos, los cuales firma con el seudónimo de Obdulia, para esconderse de la mirada inquisitiva de su padre, que no consentía su inclinación hacia la tristeza. Esos textos aparecen en la revista pedagógica *El Educador Moderno*, dirigida expresamente a las madres de familia y en cuya confección participó como figura destacada su padre, Santiago Enríquez, maestro del Liceo Fournier. Es ahí donde se pueden encontrar las raíces de su proyecto periodístico.

Al inicio de su madurez, a los 32 años, y después de una corta experiencia como colaboradora en el periódico *La Prensa* y en la revista literaria *Novedades*, en donde tenía bajo su responsabilidad la sección semanal "La mujer y el hogar", considerada por ella como una página frívola, "destinada a las mujeres insustanciales", Emilia funda la revista *El Hogar*. Su primer número aparece el 7 de septiembre de 1913, como parte del suplemento femenino de *Revista de Revistas*, dirigida entonces por Raoul Mille, empresario francés que había invertido su dinero en otras publicaciones y con quien Emilia traba una sólida amistad prolongada hasta la muerte de Mille, sobrevivida en 1938.

La revista vino a llenar un hueco pues, a pesar de la importancia creciente de la mujer en el campo de la cultura, no había una publicación dedicada a tratar expresamente sus problemas y, menos aún, a informarla de la situación social, económica y política del país.

Aunque en sus inicios *El Hogar* se propuso no inmiscuirse en asuntos políticos, sino tratar únicamente los culturales, siguiendo la línea tradicional de ofrecer a las lectoras de las clases media y alta ilustradas obras literarias de los mejores autores universales, consejos útiles para el hogar, la educación de los hijos y el cuidado de la salud, pronto el editorial de la revista opinó sobre los temas de la actualidad política.

Los primeros pasos y los obstáculos por vencer

Con un fuerte grado de orgullo y de emoción, Emilia escribía sobre las enormes dificultades que había tenido que vencer cuando se le dio el banderazo de salida para la publicación de su revista: los sinsabores que enfrentó, las noches que pasó en vela pensando en la dimensión de la tarea que le esperaba, las dificultades al parecer insalvables que el gremio le ponía en el camino por considerarla una intrusa. ¿Cómo una mujer se atrevía a incursionar en el trabajo de dirección de un periódico? Había que ponerle pruebas de tal dificultad que le fuese casi imposible vencerlas. La primera se presentó con los trabajadores del taller, quienes para castigarla por su atrevimiento de querer hacer a un lado los prejuicios y pretender cambiar una actitud pasiva por un esfuerzo creador, decidieron oponerle el mayor obstáculo: que formara sola su periódico. Sin más ayuda que su voluntad, su entusiasmo y el compromiso moral que había contraído con el padre, le destinaron como ayudante a un obrero enfermo y mutilado de la nariz para que en tiempo extra y por las noches le ayudara a formar la revista. “¡Cuánto necesité en esos momentos difíciles de un hogar propio donde refugiarme mis tristezas y mis pesares!”, escribió con sentimiento mientras recordaba que la revista iba dirigida precisamente a miles de hogares.

Parecía un presagio que la soledad fuera su compañera inseparable de viaje. En los inicios, hacía toda la revista, la escribía, la llevaba al correo, la distribuía y conseguía la publicidad, soporte necesario para la vida económica de la publicación. Los primeros números tuvieron una periodicidad mensual. Eran de 16 páginas y se vendían a diez centavos. Más tarde, el periódico se imprimió en prensa de mano. Al finalizar la primera Guerra Mundial, su taller mejoró considerablemente porque adquirió a los alemanes una imprenta en donde producían su propaganda. Para los años treinta, la revista tenía periodicidad semanal y circulaba hasta en España, diversos países sudamericanos y del Caribe, varias ciudades fronterizas de los Estados Unidos y aun tenía suscriptores en Alaska y en Rusia.

Atrás habían quedado los años más difíciles de la revista, los tiempos de la lucha armada cuando escaseaban la tinta y el papel porque los zapatistas habían tomado la fábrica de San Rafael. Emilia recordaría después esta anécdota: desesperada por no contar con papel, había tenido que sortear los peligros para entrevistarse con un comandante zapatista quien, ante sus ruegos, cedió y giró una orden

con el número de kilos, pero en vez de 400 firmó sin darse cuenta por una cantidad de 4000.

El debate sobre el feminismo

A un año de su aparición, la revista había aumentado considerablemente su tiraje, constaba de 36 páginas, se imprimía en mejor papel, contaba con grabados y secciones novedosas y con un selecto y prestigiado equipo de colaboradoras. El triunfo tocaba a las puertas de la directora y ella se congratulaba por la buena acogida que había tenido entre el público femenino. Su éxito lo explicaba porque la revista había respondido a la necesidad que tenía la mujer de un órgano en el cual se trataran asuntos de su interés, donde pudiera exponer y cultivar su inteligencia, y que además constituyera una novedad por tratarse de una publicación escrita por mujeres para mujeres, sin radicalismos, sino con un tono mesurado que reconocía como tareas primordiales del género femenino el hogar, la familia y los hijos, pero que no lo condenaba a ver en ellas las únicas posibilidades de su realización personal.

A la par que la revista, Emilia había evolucionado en sus ideas sobre el feminismo. De sus primeros números de 1914, en que veía a la mujer creada para las ternuras del hogar y las delicadezas incomparables de su sexo, sin aspirar a otra cosa que a llenar cumplidamente su papel en la familia y en la sociedad, y en que se horrorizaba con la sola idea de que participara en asuntos políticos, a la Obdulia que había sido impresionada por los sufrimientos, el coraje y la abnegación de las soldaderas, quienes daban ejemplo de su entrega como enfermeras en los campos de batalla, sólo habían mediado unos cuantos meses. Ahora no sólo abogaba por que la mujer conquistara su libertad de acción, sin menoscabo del buen nombre, sino que la declaraba moralmente capaz para colaborar en la vida pública con iniciativas y acciones, y de esa manera romper la tutela que le pesaba como una capa de plomo. Las mujeres habían conseguido reivindicar la inteligencia como atributo de ambos géneros y ese solo hecho destruía la idea de que eran el artefacto de lujo de los hogares fastuosos o las simples afanadoras de las tareas domésticas.

Pero las ideas raramente siguen una línea vertical. Tratóse de un tema tan espinoso para su tiempo como lo fue el feminismo, los matices tuvieron una singular importancia. Los años veinte y treinta fueron décadas de la incorporación progresiva de la mujer en la industria, la educación,

la prensa, el taller, el cine y la vida pública. Se organizaba en asociaciones para luchar por sus derechos y ganaba las calles para hacer sentir su fuerza. Las modas cambiaron a gran velocidad e impusieron nuevos estilos en el vestir: los escotes sugestivos, las faldas cortas y los hombros al descubierto. Una moda femenina con influencia masculina: el pelo corto, el uso de corbata en los trajes sastre, fumar en público y manejar el automóvil.

Las mujeres se liberalizaban y los parques se llenaban, al caer la tarde, de parejas de enamorados que ya no escondían sus caricias de la mirada de los curiosos. Temas hasta entonces prohibidos llegaban a circular en libros como el de Margarita Sanger en defensa del control de la natalidad, en campañas de educación sexual como la que impulsó en 1922 el gobernador de Yucatán, Felipe Carrillo Puerto, o en ideas radicales como las sostenidas en el Congreso Feminista Mexicano en mayo de 1923, en el que, por iniciativa de las delegadas yucatecas, se propuso abolir el registro civil. Se pregonaba el amor libre como una nueva sexualidad revolucionaria, con el consiguiente escándalo y reprobación social.

Estos conceptos por supuesto no tenían cabida en las páginas de *El Hogar*, que luchaba por sostener juicios renovadores en favor de la mujer. Para la revista, la mujer moderna era la que provenía de la clase media y a la cual dirigía sus intereses, por ser, decía Emilia, "la que valerosamente lucha en el campo de las dificultades". Su propia experiencia la impulsaba a defender a aquellas que se abrían paso en la vida productiva y a cuestionar su función tradicional en la que el siglo anterior la había encasillado, limitando sus potencialidades intelectuales. Pero rechazaba terminantemente cualquier planteamiento que cuestionara o pusiera en peligro la unidad familiar. Por lo tanto, propuestas tan radicales la hacían salir en defensa del matrimonio y de la maternidad: "ninguna mujer mexicana honesta y que sienta en su fuero interno la sublime misión de la maternidad, podrá aceptar nunca matrimoniarse a prueba, aceptando jubilosa ante Dios y ante la sociedad, el título de concubina".¹

En torno a estas cuestiones asomaba la Emilia conservadora, la que añoraba la aparente estabilidad del viejo orden y paz porfirianos, la que no transigía en cuan-

to a sus valores cristianos. La Emilia a la que costaba trabajo entender los radicalismos revolucionarios socialistas, las movilizaciones obreras, los movimientos huelguísticos; en fin, la efervescencia de masas que la propia dinámica revolucionaria empujaba. Las lectoras de la revista se inquietaban ante tal estado de agitación, las reformas sociales cardenistas polarizaban la opinión de la sociedad y un sector de ella se mostraba proclive al nazifascismo. Emilia fue cautivada por estas ideas: en *El Hogar* aparecieron reportajes que mostraban la disciplina y el orden del pueblo alemán, para contraponerlo al estado de anarquía que en su opinión se vivía en el país. Responsabilizaba de tal situación a las ideas socialistas e inundaba las páginas de la publicación con una corriente anticomunista que rayaba en posiciones reaccionarias, cargadas de un fuerte dogmatismo.

A pesar de las simpatías por los países del Eje y por la España franquista, el signo de la publicación era su pluralidad. Otras colaboradoras solían opinar de manera más medida y realista. Paralelamente publicaban interesantes reportajes de investigación como los de María Elena Sodi sobre las lamentables condiciones de salud y de hacinamiento en que vivían las familias en el centro de la ciudad; el abandono en que se encontraban los niños de la calle; la prostitución femenina causada por la miseria, el atraso y la falta de educación. Otras escritoras, como las hermanas Leonor y Guillermina Llach, tenían un criterio más abierto, colaboraban para otros medios de información, como *El Nacional*, órgano del Partido Nacional Revolucionario, o *El Po-*



¹ *El Hogar*, 12 de febrero de 1936, p. 3.

pular, de la Confederación de Trabajadores de México. Para estas periodistas, la función liberadora de la mujer podría cumplirse a condición de que los hombres reconocieran el valor de la colaboración femenina y su derecho a la participación política, encaminado todo ello al logro del bienestar colectivo.

Guillermina, quien frecuentemente escribía con el seudónimo de Luisa Necker, cultivaba el difícil género de la entrevista. Cada semana tenía como invitados a hombres y mujeres que habían destacado en el campo de la cultura, el cine, la pintura, la música, el teatro y el deporte. En una de sus colaboraciones realizó una serie de entrevistas a matrimonios del medio artístico, con una sola pregunta: ¿son compatibles el arte y el amor con el matrimonio? Las respuestas que dieron las y los entrevistados mostraron lo polémico del asunto. La actriz María Teresa Montoya consideró que “el arte se opone siempre al amor en el matrimonio”; en cambio, para los actores Lupita Tovar y José Bohr eran “perfectamente compatibles el arte y el amor en el matrimonio; lo más difícil es saberse soportar”.

Los últimos años de El Hogar

En 1938, Emilia es un personaje de la vida cultural y se ha ganado el respeto de los viejos lobos del periodismo. Por encima de las discrepancias políticas con el gobierno del general Cárdenas, apoya sin reservas la expropiación de la industria petrolera, acto que la lleva a estrechar sus relaciones con el presidente, quien la invita a formar parte del Comité de Redención Económica Nacional. Comparte el privilegio con otra destacada mujer, Amalia Caballero de Castillo Ledón con quien organiza la colecta de fondos para el pago de la deuda a las compañías petroleras.

La distinción fue toda una sorpresa para ella, pues desde la tribuna de *El Hogar* había criticado en varias ocasiones la tolerancia del presidente Cárdenas hacia los innumerables conflictos obreros. La publicación incluso había padecido amenazas de huelga por parte del sindicato y de cierre temporal por conflictos con los trabajadores. Sin embargo, entendió que se trataba de un reconocimiento de Cárdenas, quien mostraba así sus dotes de estadista ante el perfil nacionalista y social de la revista y de su lucha tesonera en favor de la superación intelectual y cultural de la mujer mexicana.

La otra faceta de nuestra protagonista es como militante del feminismo. Como miembro destacado de la Unión

Femenina Ibero Americana, es designada como una de dos ponentes —la otra fue Angelina Elizondo de García Naranjo— que asistirían a la convención del grupo femenino Pan American Table, realizada del 16 al 20 de octubre de 1939 en la ciudad de San Antonio, Texas. Bajo el título de “Actividades educacionales y cívicas de la mujer en México”, presentó un recorrido de la participación de las mujeres de nuestro país en diferentes momentos de la historia nacional. Además, expresó un reconocimiento a las maestras por su labor desinteresada en la formación de los futuros ciudadanos y concluyó su intervención mediante un llamado a todas las mujeres del mundo para unir esfuerzos en favor de la paz y el bienestar de los pueblos, con el fin de terminar con “los horrores y matanzas que los hombres ambiciosos desatan sobre esta humanidad”. En esos momentos, la segunda Guerra Mundial se había iniciado con la invasión de Alemania a Polonia.

Para junio de 1942, México se había declarado en hostilidades con las potencias del Eje. Un nuevo presidente, el general Manuel Ávila Camacho, gobernaba al país; las necesidades del panorama mundial indujeron al mandatario a atenuar la política de reformas sociales de su antecesor y la unidad nacional se erigió como bandera de la conciliación de todos los mexicanos. Ante esa nueva realidad que le llegaba cuando sus fuerzas físicas se habían mermado y su salud se encontraba quebrantada, Emilia tomó la decisión más dolorosa de su vida: entregar *El Hogar*, su hogar, a su querida amiga Amalia Caballero de Castillo Ledón. Otra circunstancia la llevó a desprenderse de lo que fue la razón fundamental de su existencia: el consejo de administración de la revista resolvió convertirla en órgano de difusión del Servicio Civil Femenino de Defensa, el cual consideró a la publicación como el vehículo de propaganda idóneo para concientizar a las mujeres mexicanas sobre la guerra y atraerlas en favor de las naciones aliadas.

A los 61 años, la periodista de ojos grandes y mirada triste dijo el último adiós en una carta que dirigió a Amalia Caballero, la nueva directora de *El Hogar*: “lo pongo en tus manos, para que lo cuiden como lo cuidaron las mías. Él será tu mejor compañero, tu mejor amigo, tu mejor camarada”.² Con estas palabras se pierde en la memoria de la historia la vida de Emilia, que por muchos años permaneció en el anonimato en espera de ser rescatada para conocer y contar, junto con la vida de otros cientos de mujeres, la otra historia. ♦

² *El Hogar*, 13 de junio de 1942, p. 2.